

José Gutiérrez Solana. «Café cantante». (Colección Agustín Avilés Virgili.) El encanto de los antiguos «tablaos», visto por un pintor montañés.

ABC 5-2-78

EL FLAMENCO Y SU DUENDE

MANUEL Torre, que no sabía leer ni escribir —el hombre, sin embargo, «con mayor cultura en la sangre», como decía García Lorca—, tenía su propia filosofía sobre el cante. En una ocasión le dijo a uno que cantaba: «Tú tienes voz, tú sabes los estilos, pero no triunfarás nunca, porque tú no tienes duende». Y Rafael Alberti cuenta que una noche, en una reunión, expresó: «En el cante jondo, lo que hay que buscar siempre, hasta encontrarlo, es el tronco negro de Faraón». Y otra noche, en fin, oyendo a Falla tocar al piano un pasaje de las «Noches de los jardines de España», cuando le preguntaron su opinión sobre lo que oía, sentenció: «Tó lo que tiene sonios negros tiene duende...».

El duende, así, penetra en el arte flamenco de la mano del «cantaor» quizá más enduen-

do de la historia. ¿Y qué es el duende?
Inspiración, éxtasis, sonidos negros..., en resumen, el «duende». Ese caprichoso «soplo» que le llega al «cantaor» imprevisiblemente, ajeno a las llamadas. El «poseído» ejecuta el «cante grande» de un modo emocionado, ajeno a la realidad, inmerso en ancestrales ritos, perdido el control de sí mismo y comunicando su sentimiento al auditorio. ¿Es el «duende» privilegio exclusivo de la raza gitana? Al parecer, el elemento racial es decisivo y los «cantaores» más «enduendados» han sido gitanos. Los «payos» no parecen ser visitados con frecuencia por esta misteriosa entidad.

dado de la historia. ¿Y qué es el duende?

Los «cantaores», cada uno con su duende

Antes que Manuel Torre, Diego el Lebrijano lo había dicho: «Los días que yo canto con duende no hay quien pueda conmigo».

Manuel Torre podía decirlo

también, y pienso que no es por casualidad que él hablara con relativa frecuencia del duende, de los sonidos negros, del tronco negro del faraón, de la más oscura y enigmática faceta del flamenco.

Tenía que ser así. Porque si ha habido un «cantaor» implacablemente sometido a la servidumbre del duende, éste fue Manuel Torres. Cuando él iba a cantar nunca se sabía lo que

podía ocurrir; y tras los primeros y reiterados intentos fallidos sucedía que caía en un profundo ensimismamiento y ya no cantaba. Y esto podía ocurrir no una noche o dos, sino siete noches seguidas. Como era gitano por los cuatro costados, tenía acaso la superstición de que si no encontraba el camino hacia los sonidos negros, nada de lo que hiciera tendría valor, e incapaz de cualquier suerte de mixtificación, se quedaba efectivamente sin ángel y sin duende, como perdido y desamparado, sin ideas, sin inspiración. Ahora bien, cuando acertaba...

Si digo que cada «cantaor» tiene su duende, no sé si digo verdad. Porque con el duende ocurre como con muchos otros temas del flamenco, que se le ha echado demasiada «literatura», y entiéndase el vocablo en su sentido más peyo-



Diego «El Lebrijano» dijo: «Los días que yo canto con "duende" no hay quien pueda conmigo». Y realmente su cante tiene una espeluznante belleza.

rativo. Resulta bien hablar del duende, sublimarlo, y ningún «cantaor» va a atreverse a confesar que no sabe lo que es el duende, que nunca lo ha sentido, que no lo entiende. Sin embargo, es obvio que ningún profesional puede hacernos creer que el duende jamás falta a su cita todas las noches a las doce y a las tres, por ejemplo, cuando le toca cantar en el tablao de turno.

—Vamos a suponer —le pregunté a Menese en cierta ocasión en que hablábamos de esto— que cantas un mes todos los días y en el mismo lugar, ¿cuántas veces llega el duende?

—No sé..., pocas, muy pocas.
—¿Y cuando no te sientes enduendado, cuando no llega «eso»...?

—Sufro muchísimo... Se sufre un «jartón»...

—José, ¿qué es el duende?
—Es una cosa que todavía no se ha definido —responde—, ni llegará a definirse porque no se sabe. Yo creo que el duende, en una palabra, es querer sacar más partido de lo que

uno está haciendo. Mover la cosa, eso es el duende; pellizcar a la gente es el duende, y «s'acabao». Que el duende no se puede meter en una lata y facturarlo...

—¿Cómo te apercibes tú de que estás enduendado?

—Yo creo que lo siento porque me salen cosas que yo no esperaba que me salieran, ¿no? Por ejemplo, el mover un

cante, el pellizcarlo, ¿no? El duende es lo que le llena a la gente, y «s'acabao»... Pellizcar, retorcer la cosa...

Comprendemos la dificultad de Menese para expresar su concepto del duende, aun tratándose de un «cantaor» a quien se le puede conceder sin regateo el privilegio de encontrarse con relativa frecuencia, cuando canta, en ese estado de gracia. Un «cantaor» de quien se ha escrito que un grito con duende lanzado por él se comprende que repercute con paralela intensidad que una «Tocata» de Bach.



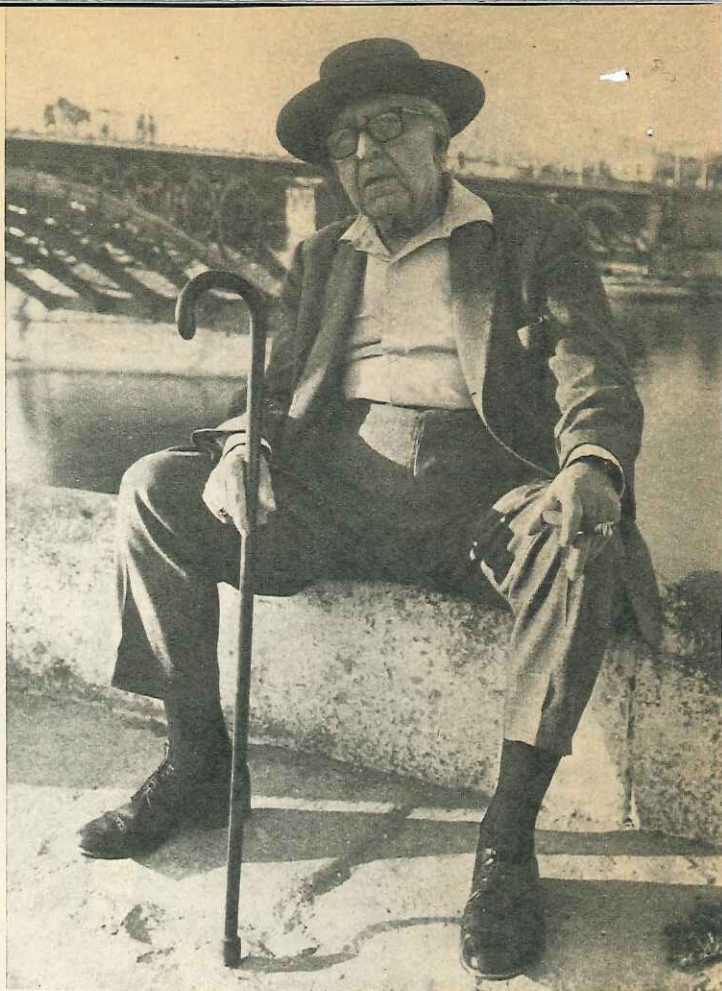
«Hay que mover el cante, pellizcarlo y retorcerlo», dice José Menese. Su cante «poseído» se ha comparado a una tocata de Bach.

Cuando a «Sordera» se le salen las lágrimas

Pero a un «cantaor» le es extremadamente difícil expresar su propias vivencias respecto a un estado literalmente de alienación, es decir, de sentirse ajeno, extraño, otro distinto de su ser natural. García Lorca, que al flamenco se



«La Niña de los Peines», una voz como «chorro de sangre».



Pepe «el de la Matrona». Un «cantaor» que no creía en el «duende»

El rasgarse la ropa, el morderse o arañarse, el quererse tirar por la ventana... son reacciones que surgen en el «alto clima» flamenco

chorro de sangre digna por su dolor y su sinceridad, y se abría como una mano de diez dedos por los pies clavados, pero llenos de borrasca, de un Cristo de Juan de Juni...».

Esto mismo me lo decía a mí

«Sordera de Jerez», un gitano que canta como los ángeles, no con tan hermosas palabras, pero pienso que con más autenticidad, con esa simplicidad de la verdad desnuda:

—El duende es una cosa que

se lleva dentro, eso no lo conoce nadie, eso tiene que «násé» de la persona... Mire «usté», yo hay veces que salgo cantando y «me se» salen las lágrimas. Muchas veces me pasa.

—¿Y puede cantar sin que le ocurra eso?

—Hombre, claro que canto sin que me ocurra eso; no tengo más remedio que cantar, pues canto. Pero cuando yo me siento a gusto, «me se» salen las lágrimas cantando, porque le pongo el corazón...

Oír esto a «Sordera», que es un hombre alegre y vital, puede chocar, y, sin embargo, es rigurosamente cierto. El mismo reconoce que en una misteriosa cita con el duende, siempre imprevisible, puede incluso perder de alguna manera el control sobre sí mismo:

—Ahí ya no pienso yo si estoy bien o si estoy mal, sino que en ese momento que estoy cantando lo que estoy cantando es una cosa que siento, o que me pasa, una cosa mía, entonces ya no, no... Canto a mi aire, a lo que me sale...

El rasgarse las vestiduras, el morderse o arañarse, el quererse tirar por la ventana... son reacciones que surgen en los momentos de alto clima flamenco, cuando el duende es amo y señor del ambiente.



Pepe Marchena, según el autor, no contaba con el genio sombrío y enigmático que enciende en un solo «jipío» la llama abrasadora.

acercó como a tantas cosas con un lirismo desbordado, nos cuenta esa transformación en Pastora Pavón, una noche que cantaba en una tabernilla de Cádiz: «Entonces la «Niña de los Peines» se levantó como una loca, tronchada igual que una llorona medieval, y se bebió de un trago un gran vaso de cazalla como fuego, y se sentó a cantar sin voz, sin aliento, sin matices, con la garganta abrasada, pero... con duende. Había logrado matar todo el andamiaje de la canción para dejar paso a un duende furioso y abrasador, amigo de los vientos cargados de arena, que hacía que los oyentes se rasgaran los trajes casi con el mismo ritmo con que se los rompen los negros antillanos del rito, apelotonados ante la imagen de Santa Bárbara. La «Niña de los Peines» tuvo que desgarrar su voz porque sabía que la estaba oyendo gente exquisita que no pedía formas, sino tuétano de formas, música pura con el cuerpo sucinto para poder mantenerse en el aire. Se tuvo que empobrecer de facultades y seguridades; es decir, tuvo que alejar a su musa y quedarse desamparada, que su duende viniera y se dignara luchar a brazo partido. ¡Y cómo cantó! Su voz ya no jugaba, su voz era un

Quiñones nos cuenta un episodio bien significativo:

«Canta Caracol por bulerías y lo hace luego Chano Lobato; después se alternan. El cante va a más, va creciendo en tensión, en categoría, y, a pesar de la agilidad que no tiene, Manolo Caracol yergue de un brinco su macizo corpachón y echa un baile; confirma así, con este escape imprevisto, levemente teñido de humor, la hermosa observación de John Dos Passos sobre algunos desplantes y burlas del arte flamenco, que, tras ciertos momentos emocionalmente muy densos, hacen el papel de "la niñera que trata de divertir al niño después de haberle contado algo demasiado terrible".

»Pero se tensan aún las bulerías. Caracol y Lobato llevan al fin ese cante hasta niveles de insólita calidad estética y emotiva. Enajenado, uno de los gitanos asistentes muerde con fuerza el hombro de un amigo, que no ha de disculparlo porque, absorbió a su vez, ni se ha dado cuenta de la cosa. De allí a poco se ríe, se llora, se grita por el patio. A toda velocidad, gracia y dolor se entremezclan y funden en el cante, no hay ya modo de distinguirlos y el barroco, subyacente crepitar del ritmo en palmas, pies y voces emborracha más que el vino de Chiclana en ronda. Ante los últimos tercios buleareros de Chano Lobato, Caracol pierde la cabeza. Llorando, como si se asfixiara, se echa mano al cuello de la camisa y se la desgarró a jirones concienzudamente, hasta la cintura, para ofrecérselos en homenaje al otro "cantaor": una operación del "tárab", habitual en los viejos ambientes flamencos. Hay quien vocifera rarezas, quien murmura de un modo ensimismado, indistinguible, quien corre...».

El duende, invención gitana

EL llanto otra vez, en Caracol lo mismo que en «Sordera». Los dos gitanos, los dos «cantaores» con duende. Porque aquí sí me parece que el elemento racial es decisivo, y de hecho los «cantaores» a quienes habitualmente se reconocen esos trances fulgurantes son gitanos. Estoy por decir que el duende es una invención gitana, lisa y llanamente, a la que los payos no estiman demasiado precisamente por eso.

—El duende... yo le voy a decir a usted una cosa —me respondió Pepe el de la «Matrona» cuando le planteé el tema—. Esa palabra del duende



Manuel Soto, «Sordera de Jerez», un gitano que canta como los ángeles mientras se le salen las lágrimas.



Manolo Caracol. El «duende» le hacía perder la cabeza, llorar y desgarrarse la ropa, mientras su cante alcanzaba niveles extraordinarios.

yo, cuando la oigo decir, me río, porque eso del duende es una cosa que empleamos «acoplao» al flamenco, que es lo mismo que si dijéramos ¿qué es un misterio? ¿Lo ha visto alguien? Nadie. Y, sin embargo, existe, por lo que dice el mundo entero. Si el mundo entero lo dice es por algo. Bueno, el misterio no lo ha visto nadie, ¿verdad? Pues al duende tampoco lo ha visto nadie...

Caracol, en cambio, me dijo:

—Depende de la inspiración que tenga en ese momento. O soy un borracho cantando y canto muy mal o me coge en un momento determinado y todo lo que hago me sale «bordao»... Cualquiera sabe lo que es el duende; porque, si se supiera lo que es, entonces uno diría: «Que venga el duende ahora». Está uno un día «mu» a gusto, «mu» a gusto... Fijese lo que será el duende. Anteanoche me mareé yo, con unos amigos; me llevé a casa estos «Marismeños», unos muchachos que cantan cantes de las marismas, me llevé a Pepe el «Culata», que es un buen aficionado al cante; a Felipe de Triana y a otros. Cantaron todos y yo quería cantar y no podía. Y no canté. Que no me salía ni la voz. Se van estos muchachos, se fueron a las nueve o las diez de la



Juanito Valderrama, un «cantaor» no poseído por la misteriosa inspiración de los gitanos.



Jacinto Almadén. Su cante ni alcanza los trances fulgurantes, síntoma de la transmutación.



Única foto que se conserva de Enrique «El Mellizo», un genio oscuro con «duende».

mañana; me levanto a comer, voy al baño, y me sale la voz, empiezo a cantar y solo: el duende... ¿Por qué? El duende viene cuando quiere venir.

Antonio Mairena y la «razón incorpórea»

Que más o menos es lo mismo que piensa Antonio Mairena: «Hay días que viene y días que no viene. Días en que quiere uno cantar y no puede hacerlo. Días en que, al contrario, parece que va a ser una noche de chufia y termina siendo una noche grandiosa... ¡Qué quiere usted que le diga!».

Conmigo fue más explícito: —Yo por duende entiendo todo aquel artista que transmite. Claro que no es lo mismo transmitir a un señor que no está preparado para digerir el cante flamenco o el cante gitano, como le queramos llamar, o a un señor que está preparado. Para transmitirle esos duendes a un señor que está preparado hay que contar con el artista o el intérprete que en su forma de sonar lleve consigo ese duende, en su manera de expresar, de deletrear, en la técnica también es un factor importantísimo para todos aquellos que sepan digerir el cante tal y como es el cante, porque sin esa técnica... Porque los que creen que solamente con sonar gitano ya se cuenta con el duende, eso no es suficiente. La forma de sonar tiene que ir unida con la técnica exacta de como son los cantes, o mejorarlos, por

«El "duende" —escribe González Climent— es la verdad a rajatabla, sin accidentes, la desnudez existencial»

ejemplo como hizo Manuel Torre, como hizo Pastora Pavón, como hizo Tomás Pavón, como hizo Joaquín el de la Paula, como hizo Rafael el «Gloria», en los que yo he conocido. Esto es lo que yo creo que sea el duende: hacerle a usted sentir una cosa que usted no sabe lo que es, pero que sí, que un momento «dao», a usted se le eriza el cabello, usted no sabe lo que le pasa, a usted le hace beberse tres «whiskis», o tres copas de vino, o tres copas de aguardiente, o lo que sea, pero que usted no se explica cuál es el motivo... Si al cante le falta el duende, es como si al cuerpo le falta el alma, le falta la vida...

Recientemente Antonio Mairena, en su último libro, ha formulado su teoría de la «razón incorpórea», algo impalpable e indefinible que hay que sentir y respetar para ser un buen gitano. «La Razón Incorpórea —escribe así, con mayúscula— es el honor nuestro, la base de la cultura gitana, el conjunto de nuestras tradiciones y de nuestros ritos antiguos: una cosa que sólo entiende un gitano como Dios manda y que sólo los gitanos la viven. La Razón Incorpórea es intransmisible e ininteligible fuera de nosotros, porque no se puede conocer de ver-

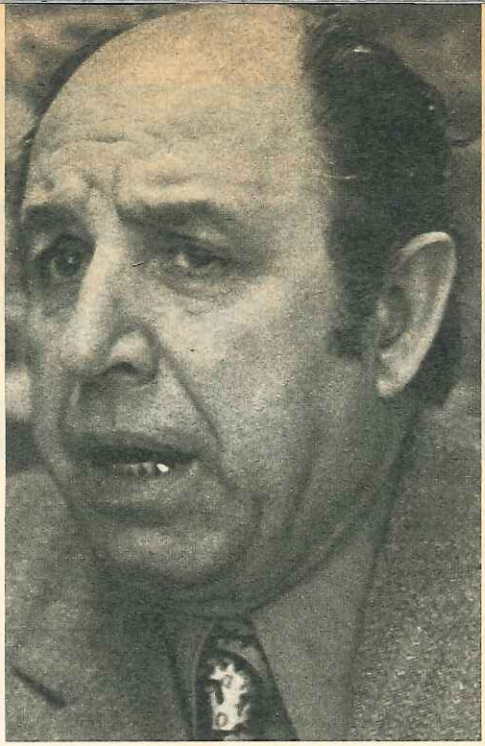
dad lo que no se puede sentir. Sólo se nos permite expresarla por medio de metáforas. La Razón Incorpórea es la fuente de inspiración inagotable del cante gitano y del "cantaor", y éste la expresa de forma intuitiva por medio del duende.» En una primera lectura creí que Mairena identificaba a la Razón Incorpórea con el duende, pero veo que no, que, en realidad, confiere al duende sólo el papel de transmisor de esas esencias gitanas sin las cuales —según él— no se puede ser un buen «cantaor». En definitiva, Mairena vuelve a poner en el ruedo de la polémica el elemento racial, quizá de manera excesivamente totalitaria, y quienes dan al elemento andaluz un valor por lo menos igual al elemento gitano en el cante tendrán algo que decir.

El «tárab»

Cuando se trató de averiguar por otra vía que no fuera la de los propios «cantaores» qué podía ser el duende, en seguida se recordó lo que Emilio García Gómez —«chanelador» clandestino, según González Climent— había escrito sobre el «tárab», vocablo árabe que designa el fenó-

meno que produce en los oyentes «entusiasmo, éxtasis, enajenación, emoción física de alegría o tristeza».

Y seguimos leyendo: «Los libros árabes están llenos de historias de "tárab". Si cualquiera de ellos empieza a contarnos que una esclava, buena "cantaora", ha puesto el laúd en su regazo, ha templado sus cuerdas y ha roto a cantar unos versos antiguos, estad seguros de que unas líneas más abajo encontraréis que a los oyentes "se les ha volado el alma", se han desmayado, se han tirado al suelo jadeantes y con espuma en la boca, se han abofeteado el rostro, desgarrado las ropas o golpeado la cabeza contra la pared. Todo esto, claro es, sin hablar de lo que se iba en lágrimas y suspiros. Un reo de alta traición canta ante el califa Mamún, y un cortesano no puede contenerse y le besa, a sabiendas de que tal adhesión puede acarrearle la muerte. El califa Yazid, entusiasmado con una cantora, coge un almohadón de su sofá, se lo pone en la cabeza y recorre el salón, fuera de sí, pregonando: "¡Pescado fresco!". En uno de mis libros yo he contado una historia española de este género, muy divertida. Es en la Sevilla del siglo VIII. Ha llegado una esclava cantora de Oriente, y dos sevillanos aficionados van a oírla a casa de su dueño. La habitación es destartada, y la tal cantora, fea y sucia. Pero, amigos míos, cuando canta, los visitantes se revuelcan por los divanes y también imitan pregones. Uno de ellos se pone en la cabeza



Manuel Torre, «Niño de Jerez». El duende penetra en el arte flamenco con este «cantaor».

«La Razón Incorporada es la fuente de inspiración del cante», dice Pepe Mairena.

Fernando Quiñones, con sus charlas en TV., ha contribuido al conocimiento del «cante».

unas botellas de aceite, que se le derraman por encima...».

Efectivamente, son reacciones idénticas, o muy semejantes, a las que hoy pueden producirse en una reunión flamenca en que se logre un climax adecuado. Que no se alcanza sino en muy raras ocasiones, no nos hagamos ilusiones. Porque ocurre que hay como una inflación de «literatura» fácil en que se trae a los duendes para acá y para allá, venga a cuento o no, con el peligro de hacernos creer que éste es un fenómeno cotidiano al alcance de cualquier fandanguillero de tablao. Y no es así, no. Todas esas frases acuñadas por gacetilleros del flamenco sobre las penas negras, los duendes y el ángel, el sino, etcétera, generalmente sirven sólo para las portadas de discos que arrojan un producto deleznable y marginal.

El duende es algo mucho más profundo, y tan difícil de definir que nadie logra ponerse de acuerdo. No se crea que es el alcohol, no necesariamente; los árabes no bebían alcohol, y les hemos visto caer como fulminados en unos trances que tampoco nadie ha sabido explicar. El alcohol embriaga y predispone a una determinada exaltación anímica en la que el duende puede darse de manera mucho más explícita. Pero una cosa es cierta: el estado de gracia le será negado al «cantaor» si no cuenta de por sí con ese genio sombrío y enigmático que puede encender en un solo jipío la llamarada abrasadora de un cante sin armadura formal, para soportar el cual tiene que

Como «ausente», el «cantaor» transita por caminos nuevos para él, aunque quizá viejos de siglos, de los que después se olvidará

enajenarse, literalmente hacerse otro y prescindir de su propio ser. Sólo entonces, ya desencarnado y como en ánima pura, transitará por caminos nuevos para él, aunque quizá viejos de siglos, caminos de los que perderá la memoria

cuando el trance haya terminado. Y hay «cantaores» a quienes físicamente les es imposible realizar una transmutación tal, porque si se arriesgaran a semejantes prescindencias quedarían realmente a la intemperie de su verdadera

falta de recursos. No veo, ciertamente, a un Pepe Marchena, a un Juanito Valderrama o a un Almadén corriendo riesgos así. «El duende — escribe González Climent — es la verdad a rajatabla, la verdad sin accidentes, la desnudez existencial.»

Los genios oscuros como Enrique el «Mellizo», Manuel Torre o Manolo Caracol son quienes saben del duende. Los demás, algunos, se aproximan a veces. El resto repite lo que oye.

Angel ALVAREZ CABALLERO



Todo el encanto de la «zambra» gitana al aire libre, en esta imagen recogida por un fotógrafo del siglo pasado.